

El silencio: una pr

TRIBUNA

Dialogando con Lorna González y Renée Lira



En busca de nuevos lenguajes en la reconstrucción de la memoria, tres jóvenes actores titulados en la universidad ARCIS, Lorna González, Renée Lira y Javier Díaz, crearon y montaron colectivamente la obra de teatro «Afasia: Los olvidados de la dictadura». En ella abordan la problemática de los ex menores, es decir, de personas que siendo menores sufrieron prisión política y tortura durante la dictadura.

Conversamos con Lorna y Renée sobre esta experiencia, la que incluyó la itinerancia con la obra por nueve comunas populares de Santiago en el mes de mayo de 2008.

REFLEXION: ¿Qué las motivó a ustedes a crear esta obra de teatro, ¿hay alguna ligazón personal con el tema?

RENEE LIRA: En mi caso sí. En mi casa vivían dos hermanos de mi mamá que son ex menores: uno de ellos fue torturado a los seis años y el otro a los 15, por lo que tiene más conciencia de lo sucedido. Entonces para mí el tema no era lejano porque crecí con ellos.

A partir del año 2003 comencé sola a buscar más antecedentes, quería saber si en Chile hubo más niños que vivieron este tipo de situaciones pero no ubiqué ninguno. Sí encontré

casos de niños ejecutados o detenidos desaparecidos, pero no relatos de sobrevivientes. Encontré algunas historias de Argentina, pero nada de Chile, salvo la de mi familia.

R: Eso cambió con el Informe de la Comisión Valech que registró algunos casos de personas que habían sufrido tortura siendo menores de edad, tema hasta ese momento totalmente desconocido.

R.L.: Efectivamente. Cuando en 2005 se formó la Agrupación de Ex Menores Víctimas de Prisión Política y Tortura, uno de mis tíos participó en su creación y yo comencé a involucrarme junto con él en este tema.

Así supe que hay muchos casos, a pesar de que yo no había podido encontrar nada.

Luego vino el primer encuentro de ex menores, en el cual yo participé realizando un taller de arteterapia. A través de ese trabajo visualicé las diferentes problemáticas que hay en quienes sufrieron tortura siendo niños, las que están relacionadas con las etapas de la vida, la niñez, la relación con los padres, la adolescencia, la adultez, etc.

Le conté a Lorna de esta experiencia y también se interesó por el tema. Ella era mi *partner* desde hacía años, habíamos trabajado juntas y yo sabía que tenía las condiciones humanas para abordar un tema tan delicado y que también tendría la paciencia y perseverancia necesarias para realizar todo el arduo trabajo de investigación previa que requería.

R.: ¿En qué consistió esta investigación?

R.L.: Realizamos muchas entrevistas con personas que habían sufrido tortura siendo menores de edad, a través de las cuales se fueron perfilando algunos temas centrales en relación con las secuelas que persisten hasta el día de hoy. Recogimos muchos testimonios. De hecho, la obra tiene muchas palabras, muchos relatos que están tomados de los testimonios, por ejemplo, la canción del Negro José. Una joven que estuvo detenida con su madre nos contó que esa canción se la cantaban a los que sufrían tortura y ella la odiaba. En-

Problemática recurrente

tonces en una parte de la obra nosotros ponemos esa música, que es algo que pasó a formar parte del inconsciente colectivo del sector de chilenos reprimido.

R.: Sobre la base de lo recogido en el taller de arteterapia y a través de estas entrevistas, ¿qué aspectos generales pudieron identificar?

R.L.: Percibimos la relevancia que tiene la edad en que quienes hoy son adultos sufrieron la experiencia de tortura. Los niños de 10, 11 años, estaban de algún modo conscientes de lo que sucedía, a veces incluso ya estaban involucrados políticamente y sabían lo que podía venir, no cabalmente, pero sabían que estaban involucrados en algo, o los papás lo estaban, entonces, por lo general, estaban mejor armados para enfrentar lo que les sucedió. Los más pequeños, en cambio, no tenían conciencia de nada y muchos hoy culpan a sus padres por lo que les pasó. Aquellos que no tenían más de dos, tres años, no conservan imágenes sino sólo sensaciones.

R.: ¿Cuál tema concreto eligieron ustedes para ser abordado?

R.L.: Los personajes de la obra son una pareja adulta, pero él vivió la experiencia de tortura a los 15 años, cuando hay mayor conciencia de lo sucedido, en tanto que ella sufrió tortura cuando tenía sólo meses de edad. El tiene recuerdos, ella no, ella necesita la historia, la memoria para comprender

lo que le pasa. Sin embargo, las consecuencias en ambos son muy similares.

R.: ¿Cuáles visualizan ustedes que son esas secuelas?

LORNA GONZALEZ: Una es lo que mencionaba Renée, el culpar a los padres por lo sucedido. Otra son los miedos que los atormentan y que no tienen una razón lógica de dónde provienen. Por ejemplo, en la obra se plantea el miedo a la oscuridad, el miedo a la electricidad, son miedos latentes, miedo a lo que está afuera, miedo a lo que puede venir. También la inestabilidad económica, que es un tema presente en la obra. Producto de lo que sufre, el personaje no logra terminar sus estudios y por eso vive discriminación en lo social, en lo político, una discriminación horizontal que lo va segregando cada vez más y lo deja sin poder optar a mejores condiciones de vida.

R.L.: La baja escolaridad es una constante en los ex menores. Sólo es distinto en los que salieron al exilio con sus padres porque en los países de acogida pudieron tener un mayor acceso a la educación. Pero para los que se quedaron acá, especialmente para los que vivían fuera de Santiago, la situación fue muy dura y lo es hasta el día de hoy.

Hay muchos niños que al volver al colegio después de haber sufrido tortura fueron apuntados con el dedo, porque en un pueblo chico todo se sabe, y hasta los profesores los discriminaban. Pierden todas las amista-

des, es decir, también hay una muerte social, porque son aislados por los vecinos, por todos. La estigmatización es muy marcada, entonces los chicos repiten curso, se cambian de colegio o dejan de asistir al colegio.

El tema económico hasta el día de hoy es muy grave, su situación es paupérrima, es inhumana, ellos no viven, sobreviven. La gran mayoría o está cesante o trabaja ganando el sueldo mínimo.

R.: ¿Cómo ven ustedes que se expresan las dificultades en la relación de pareja?

L. G.: Una problemática recurrente es el silencio. El silencio es un elemento central en la obra, la obra tiene muchos silencios. Ello simboliza estos años de silencio en que el tema no se habla, ninguno de estos personajes ha contado su historia, el uno no sabe lo que le pasa al otro. Este es un tema que surgió con fuerza en la investigación previa que realizamos. Nos encontramos con una pareja en que ninguno de los dos sabía que el otro había sufrido tortura siendo pequeño, hasta el momento en que el tema fue puesto en el tapete por el Informe Valech.

R.: ¿Dónde han presentado la obra?

La obra se escribió en el 2007 y se presentó durante una corta temporada en el Teatro SIDARTE. En diciembre de ese mismo año la presentamos en el segundo encuentro de ex menores que se realizó en Valparaíso.

R.: ¿Cuál fue la reacción de los asistentes al encuentro?

R.L.: De alguna manera todos se sintieron identificados. Durante el día el grupo había trabajado con el psicólogo Jorge Barudy de modo que la obra fue como la culminación de una jornada de trabajo. Y al día siguiente Barudy siguió trabajando con ellos a partir de la obra.

L.G.: Para nosotros fue muy fuerte, mucho llanto, la identificación con algunas palabras, con los comportamientos de los personajes; se reían con algunos gestos, cosa que no nos pasó en otros lados. Las discusiones de los protagonistas ellos las comprendían de inmediato a partir de su propia experiencia. Eso fue muy interesante, fue un crecimiento para nosotros también.

R.L. Fue un contraste enorme con lo que había sucedido en el SIDARTE. Muchos de los que fueron allá a ver la obra, público en general, no la entendieron. De hecho, para un cineasta que nos acompañó a Valparaíso y que nos había dicho que no entendía la obra, fue una inmensa sorpresa ver que en Valparaíso comprendieron todo. Nos decía que no es una obra fácil y que ese grupo había sido capaz de captar y entender incluso detalles que él no comprendía, a pesar de que sabía leer códigos. Entonces él también llegó a comprender la obra, pero desde la vivencia de otro.

R.: ¿No podría ser un problema que la obra sea comprensible prácticamente sólo para los que vivieron una experiencia tan extrema y muy críptica para el resto de la gente?

L.G.: Cuando nosotros iniciamos el trabajo con la obra no teníamos

muy claro cuál era el horizonte al que íbamos a llegar finalmente. Partimos simplemente con una obra de teatro, pero después comprendimos que la obra más que un objeto de arte es otra cosa, es más bien un objeto de conocimiento, de terapia, de denuncia, de memoria, de identificación con el otro, de poder plantear esta problemática desde la teatralidad. No es una obra más, porque estamos hablando de **vivencias**.

La obra, más que un
objeto de arte, es un
objeto de
conocimiento, de
terapia, de denuncia,
de memoria

R.L.: A partir de esa comprensión se produjo una larga reflexión con Lorna sobre qué hacer con este tema. Porque al inicio nosotros lo tomamos como una investigación, porque no existían estudios al respecto. Para nosotros estaba claro que no se trataba de hacer teatro por hacer teatro. Nos dimos cuenta de que se trataba de un trabajo de memoria, que no era una obra de arte que se ve, se compra y se guarda. No. Reflexionamos cómo este trabajo puede convertirse en memoria, en que los protagonistas ya no son los actores de la obra, sino los que la van a ver y se sienten identificados con ella.

A partir de esa idea surgió el proyecto de itinerancia, incorporando un espacio de discusión después de la presentación de la obra, con la pre-

sencia de un terapeuta, porque tampoco se trataba de que alguien compartiera su propia historia, se sintiera desbordado por ella y fuera dejado solo. Comprendimos que era necesaria la creación de redes, que debíamos hacernos cargo de todo lo que la obra pudiera movilizar.

R.: ¿Qué lugares eligieron para esa itinerancia?

L.G.: Escogimos las nueve comunas de Santiago que fueron más allanadas entre 1973 y 1990. Para ello nos basamos en un estudio sobre esos allanamientos que había hecho anteriormente el antropólogo Mario Albailay. El estuvo trabajando con nosotros y fue incluido en el proyecto. Hubo algunas comunas a las que lamentablemente no tuvimos acceso, como Estación Central, donde está la Villa Franca. Nosotros no teníamos contacto con las redes sociales de las comunas, por lo que trabajamos con las municipalidades y algunas sencillamente nos cerraron las puertas, especialmente las de la zona norte de Santiago que están controladas por la derecha.

R.: ¿Cuál fue la experiencia en las diferentes poblaciones?

L.G.: Visualizamos que el daño en todas fue similar y que la destrucción de las redes sociales es sencillamente horrorosa. Sin embargo, hay una gran diferencia entre lo que ocurre en la zona sur y la zona norte de Santiago. En la zona sur todavía existen redes sociales fuertes, sobre todo en La Pintana, en La Legua. Hay gente muy bien organizada, lo que no es el caso, por ejemplo, en Recoleta, donde prácticamente no existe organización. Es lamentable, porque anteriormente sí la hubo, había comités organizados para muchas

cosas y eso ya no existe. Ahora predomina la individualidad, da lo mismo lo que pasa con el otro. La palabra vecino ya casi no se usa.

R.L.: En algunas poblaciones reconstruyeron su historia con unas ganas muy grandes de dejar algo al otro. Eso yo lo sentí mucho en la Legua, en La Pintana. Sin embargo, en otras poblaciones, algunas de la zona norte, uno sentía como que habían matado esa conciencia. No sólo no existían redes sociales sino que era como un castramiento total de la memoria. En la zona sur todavía hay una conciencia política y social muy fuerte. Quizás no queden muchas personas con esa conciencia fuerte, pero esos pocos aún la mantienen y son capaces de transmitirla.

R.: ¿En esas poblaciones en que hay conciencia histórica, en que hay organizaciones sociales, están integrados los jóvenes, los ex menores?

R.L.: Sí, están integrados, pero la verdad es que ocurre algo que me molesta un poco en relación a los propios compañeros. La memoria nos pertenece a todos, pero algunos asumen una actitud displicente con los menores: «Pero sí tú eras muy chico». Quizás a cuántos ex menores se les dijo eso y se les hizo callar. Por muchos años nos dedicamos sólo a observar al mayor, al que tenía conciencia. Pero, ¿y el que estaba acompañándolo? «¿Qué te vas a acordar tú! Si tú no viviste esa época». Pero uno es parte de eso. Uno es su historia, uno es la historia del otro. Entonces yo siento que cuando se abrió este espacio de hablar para los que siempre callaron, una de las cosas lindas que se logró es que los padres se sorprendieron: «Yo pensé que no se acordaba».

L.G.: Eso fue interesante. Hablando jóvenes, habló gente mayor, adultos, hubo una horizontalidad muy interesante y muy rica. La asistencia fue multigeneracional y los padres se sorprendían al escuchar a los hijos, porque una cosa generalizada en las familias donde hay ex menores es que nunca se había hablado del tema. Ahora los padres tuvieron que asumir que el daño no es sólo de ellos, es también del hijo al que siempre hicieron callar.

R.L.: En La Pintana había un mito, una leyenda en relación a lo que le habría pasado a un vecino después de que fue secuestrado. Fue detenido con un operativo impresionante en que participaron muchos agentes e incluso helicópteros. Nadie lo sabía con certeza, había muchas elucubraciones, él mismo volvió mudo cuando regresó a la población. El sabía que circulaban esas leyendas en relación con su persona, pero nunca habló. Y en esta oportunidad, después

Chile es afásico, no quiere hacerse cargo, no quiere entender y no quiere escuchar

de ver la obra, por primera vez él mismo contó lo que le había sucedido. Había un niño de 15 años que le dijo: «Qué bueno que hayas contado, que no te hayas muerto sin contarlo, porque yo soy parte de la historia de esta población y quiero conocerla».

Esas cosas que se gatillaron con la obra fueron emocionantes. Y da ra-

bia darse cuenta que los recuerdos, la memoria están ahí, que no es tan difícil rescatarlos, y sin embargo el gobierno se desentiende de esa tarea.

R.: ¿Qué esperarían ustedes del gobierno, del Estado, en este sentido?

L.G.: Todo, porque hay mucho por hacer, pero en lugar de rescatar el pasado siguen destruyendo. El primer día que llegamos a La Legua para comenzar la itinerancia nos dimos cuenta que la población estaba intervenida. Por todos lados policías armados, con cascos, como en lucha antiguerrillera. La verdad es que no es mucha la diferencia con el pasado. Siguen allanando las poblaciones, los pobladores siguen en la marginalidad, siguen estigmatizados.

¿Cómo revertir eso? Sólo se ve continuidad de lo que fue la dictadura. ¿Por qué se presenta La Legua, La Pintana como un nido de delincuentes? Y el nido de luchadores sociales, ¿dónde está? Ellos fueron los que botaron la dictadura, y ¿dónde se visualiza eso?

En el Informe Valech no existen los allanamientos, las víctimas olvidadas son en primer lugar los ex menores torturados en allanamientos. Son olvidados porque eran niños, y son más olvidados porque sufrieron tortura durante los allanamientos y éstos no se tomaron en cuenta por la Comisión Valech. Son olvidados por todos, incluso por sus propios padres y cercanos.

Por eso titulamos la obra «Afasia», porque nos pareció que resumía en una sola palabra lo que ocurre hoy en Chile. Chile es afásico, no quiere hacerse cargo, no quiere entender y no quiere escuchar. **P**